

"El Corresponsal de Paris"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana.)

Redacción y Admón: 17, rue de Maubeuge
Paris.

Año III. - Núm: 97.
Paris 16 de Marzo de 1896.

Sumario. - Ojeada a la situación: Crisis prevista. Una solución acertada. La vuelta de Constant. Últimas impresiones. - Estranjero: La Conferencia de Berlín, Francia y sus representantes. - Miscelánea: La "mi-Carême" en Paris. - "Mot de la fin" -

Hace apenas dos semanas, cuando dábamos cuenta de la dimisión de Mr. Constant y de la milagrosa continuación del ministerio Tirard gracias a la nueva savia con que le rejuveneciera, siquiera por breve tiempo, el ministro del interior Mr. Bourgeois, decíamos en este mismo sitio que a despecho de este aplazamiento y de todo lo que se propusieran para que Mr. Tirard diferiera su caída, el gabinete no tardaría en desplomarse bajo el peso de la impopularidad de su presidente, cuya muerte moral teníamos desde hace mucho tiempo presentida. Alguno día, más tarde, presentose Mr. Spuller, ministro de estranjero, en la tribuna, y de nada sirvió el brillantísimo triunfo obtenido por aquel distinguido hombre público para modificar en un solo ápice ni nuestras impresiones, ni nuestros finobres pronósticos. Tan claro y tan evidente era para nosotros que el primer grano de arena tenía que hacer tropezar y caer a Mr. Tirard, proporcionándole ocasión para librarse con más o menos oportunidad del ruinísimo peso que desde hace veinte y cinco meses, lleva encima.

En suma: lo que debía suceder ha sucedido. Mr. Tirard se sintió molestado el jueves por un voto adverso del Senado en una cuestión fuertemente económica y secundaria, y ni un minuto más quiso esperar a presentar su dimisión, en la que le acompañaron sus compañeros de gabinete. La dimisión ha sido aceptada casi inmediatamente por Mr. Carnot, quien, dicho sea de paso, ha hecho poquísimo esfuerzo para retener a los dimisionarios,

comprendiendo que las fuerzas del ministerio estaban completamente agotadas y que habían de ser inútiles cuantas tentativas se hicieran para renovar en sus venas una sola partícula de la robustez perdida.

Como decía ayer perfectamente, el periódico La République Française, el gabinete hubiera podido retirarse, después de las elecciones generales, en medio de una apoteosis, con todos los fuegos de Bengala y todos los laureles, aún frescos, de la victoria. Atacado de crisis parlamentaria, en razón a que no había sabido asumir la dirección de la mayoría republicana, estaba amenazado de espalar el último suspiro al primer acoso de borrasca que se hubiera presentado con los primeros vientos de Abril en la Cámara de los Diputados. Mr. Girard, por lo visto, no ha querido esperar tanto tiempo.

Como corroboración de lo que nosotros hemos venido diciendo en anteriores crónicas, examinemos someramente y de paso algo de lo más importante que hallamos en la prensa de París a propósito de la caída del ministerio.

El Pièce reconoce, como todos, que el gabinete estaba herido de muerte desde hacía muchas semanas, por no decir muchos meses. Según él, ese ministerio no respondía ni a las esperanzas políticas - quizá excesivas - que su gran victoria electoral del mes de Octubre había hecho concebir, ni a las preocupaciones económicas que el país había manifestado. Sus días estaban contados ante la opinión y ante el Parlamento.

El Figaro (periódico monárquico) dice por su parte, y lo dice con unchisima razón, que el ministerio estaba virtualmente caído a partir de la dimisión de Mr. Coustant. Reconoce, como casi todos los periódicos que se han ocupado en este asunto, que el gabinete debió haberse retirado inmediatamente después de las elecciones, si hubiese tenido conciencia de la necesidad de proporcionar un nuevo personal a una situación completamente nueva. Pero, embriagado con su victoria, había creído poder gobernar sin programa, sin una política explícita, personal y sin rebozo, y naturalmente, el vacío se ha hecho a su alrededor hasta que ha muerto de inanición y de asfixia.

Con todo, seamos con El Radical justos en lo que debemos serlo. El ministerio que se va no ha dejado de hacer su obra en la labor política que le estaba encomendada: ha herido de muerte al boulangismo y ha defendido la República contra todas las tentativas y confabulaciones de sus enemigos.

He aquí las palabras con que finaliza su artículo este último periódico. Las reproducimos íntegras porque merecen

ser tenidas en cuenta, dadas las circunstancias políticas que atraviesa actualmente Francia: "La obra del nuevo ministro, sea el que fuere, será la de impedir el retorno de tales tentativas, dando satisfacción a los intereses y a las necesidades de los electores. Sin piedad para quien quiera que volviese a ensayar un golpe de mano contra las instituciones, deberá al mismo tiempo hacer amar al gobierno republicano de suerte que los estados mayores del boulangismo y de la reacción no puedan ya reclutar nuevos soldados entre los descontentos. — Mr. Carnot debe inspirarse en estas ideas si quiere ver crecer su popularidad. En la situación que él ocupa, las amidades y simpatías privadas deben ceder ante el interés general de las instituciones en las cuales figura como primer magistrado."

Así lo ha comprendido efectivamente el presidente de la República. Quizá sus simpatías personales le hubieran inclinado a dirigirse a algún individuo de la derecha republicana para confiarle la formación del nuevo gabinete; pero respetuoso ante las tendencias claramente manifestadas no ha mucho en el Parlamento en favor de una política de conciliación y francamente republicana, sin componendas de ningún género que pudiesen indicar una cierta transacción con la vieja monarquía, Mr. Carnot no ha vacilado un momento, y obedeciendo al primer impulso ha encargado a Mr. de Freycinet la formación del nuevo ministerio. Quizá, y sin quizá, es éste el acto más hábil y más político que ha llevado a cabo Mr. Carnot desde que ocupa la presidencia de la República. Hay que convenir, en efecto, en que nadie como Mr. de Freycinet reúne actualmente en Francia las condiciones de respetabilidad y honorabilidad necesarias para dar cuerpo y nombre a una situación política en medio del desquiciamiento de voluntades e intereses que aquí se experimenta de algunos años a esta parte.

Como ministro de la guerra, ningún general le ha superado en la importancia y número de trabajos realizados, y es que Mr. de Freycinet, como saben nuestros lectores, no pertenece al ejército. Querido y respetado de todo el estado mayor; admirado, hasta con entusiasmo, de todos los subalternos, Mr. de Freycinet conserva en el ejército un poderoso prestigio. Es hombre modestísimo, pero de un profundo saber, ante el cual se inclinan las primeras emi-

nencias militares del país, en donde no faltan, sin embargo, generales que como Gallifet, Miribel y otros están a la altura, como técnicos, de los primeros estratégicos del mundo.

De las demás condiciones que reúne Mr. de Freycinet y que indudablemente le colocan en situación preeminente entre todos los demás nombres políticos de Francia, no hemos de hablar aquí porque nos faltan tiempo y espacio para ello, y, luego, porque son demasiado conocidas de todos los que conocen siquiera superficialmente el movimiento político contemporáneo de esta nación, tan grande aún en medio de sus caídas y desventuras.

Con el llamamiento de Mr. de Freycinet para la formación del nuevo gabinete ha ocurrido también un hecho lógico que ha venido a confirmar en un todo los pronósticos que nosotros teníamos hechos: nos referimos al llamamiento de Mr. Constant para formar parte del nuevo ministerio. Esta vindicación, como se ve, ha venido más pronto de lo que todo el mundo creía y nosotros habíamos anunciado; pero ha venido. El ex-ministro del interior de Mr. Tirard, ministro del interior del futuro gabinete - del gabinete que se está completando en los momentos en que escribimos - puede estar satisfecho. Su rehabilitación viene a ser una especie de apoteosis, y ahora más que nunca nos afirmamos en la idea de que no ha de pasarse mucho tiempo sin que veamos a Mr. Constant elevado a la presidencia del Consejo de ministros.

Terminamos esta parte de nuestra crónica, indicando a continuación los nombres que figuran en la lista del ministerio en formación, cuya lista se considera a última hora como la decisiva del nuevo gabinete:

Presidencia y Guerra, Freycinet; Interior, Constant; Justicia, Brisson; Negocios extranjeros, Ribot; Hacienda, Rouvier; Obras públicas, Etienne; Instrucción pública, Bourgeois; Marina, Barbey; Agricultura, Develle.

Por lo demás, el telégrafo se nos habrá adelantado, y cuanto añadieramos en el terreno de las conjeturas resultaría siempre estemporáneo y trasnochado. Y así, hacemos punto final, para decir de corrido algo de otros asuntos que se nos habían quedado en el fondo del tintero.

+ +

La única nota saliente que al extranjero se refiere, llena la esta semana la conferencia de Berlín, cuyas sesiones que comenzaron ayer, sábado, solemnemente inauguradas. Como todo lo que en el mundo pasa, au que naturalmente llevará el sello del

mayor secreto, es inútil que nos esforcemos en exprimir la naranja ya que de ella no hemos de poder sacar zumo. No hay más que tener paciencia y aguardar a que concluya la asamblea para discutir entonces con entera libertad y completo conocimiento de causa acerca de los principios más o menos prácticos que adopte la conferencia para ese mejoramiento fantástico y puramente ideal de las clases obreras con que ha sonado el joven emperador de Alemania, iniciador de la Asamblea.

De la Comisión que Francia ha enviado a la conferencia nada diremos, sino es que su nombramiento ha sido recibido aquí con grandísimo y general aplauso. Mr. Jules Simon, aunque muy ecléctico, es hombre de unchísimo talento que ha hecho importantes estudios sociológicos relativamente al malestar actual y al porvenir de las clases proletarias. Esto solo basta para estar persuadidos de que Francia representará un papel de primera fuerza en los trabajos todos de la conferencia.

El Carnaval se ha celebrado este año en París, con motivo de la "mi-carême", con inimitada pompa. El tiempo era el jueves primaveral y espléndido como no lo tendremos mejor en plena estación de las flores. Las lavanderas parisienses, que son las que hacen comúnmente el gasto, se salieron, por decirlo así, de madre, y organizaron una serie de cavalgatas como no se habían visto en París desde la caída del imperio. Es inútil decir cómo estaban de gentío los boulevares. No se vio cosa igual ni aún en los mejores días de la Exposición, y esto lo dice todo. No todo lo que salió a relucir era de gusto refinado, ni mucho menos; pero hubo barahunda, bullicio, algazara, y, sobre todo, mucho profecto, mucho reclamo, y como esto es lo que aquí más se aprecia, hemos de convenir, quieras que no, en que la "Mi-carême" estuvo realmente exuberante... Aunque a nosotros particularmente quizá nos atacara los nervios.

Not de la fin.

Existe en los alrededores de Saint-Eustache un excelente cura párroco, muy querido de sus feligreses. Tanto le quieren, que decidieron cotizarse entre todos para comprarle y regalarle una pieza de vino. Uno de los habitantes del pueblo proporcionó el tonel y los otros fueron a vender cada uno dos litros de vino de su particular cosecha.

El día de la "Mi-carême", el cura invita a comer a varios de los cotizantes. Se trata de catar el vino, mezcla revuelta de tantas y tan distintas cosechas. — El ama abre la espita del famoso tonel y comparece en el comedor con una botella de agua en la mano. — "¿Qué es esto?" le preguntan. — "Pues, nada, el vino de la cuba" — El cura estaba en

Habría, es decir, como quien ve visiones. ¿Sera esto la reuancha de Carnaa? — Subretácto un con-
vidados se estaban desternillando de risa. Ellos si comprendieron en seguida. Cada uno se había dicho
para si que los Carnaa no habían de advertir la presencia de sus litros de agua en una barmica de
vino, y como todos a la vez tuvieron la misma idea, claro, así salió él, claro, claro, claro.